

## EL GRAN CHOQUE

El sábado ocho de diciembre de 1956, hace más de 60 años, salí a las ocho de la mañana con mi madre Atala Penagos Rojas, de la terminal de ADO, en un autobús de la compañía, en la Ciudad de México, hacia la ciudad de Oaxaca, pero al llegar al kilómetro nueve de la carretera México Puebla, frente a los balnearios Olimpo, chocamos con un autobús parado, después de haber entrado a un banco de niebla muy espesa, a una velocidad de 120 kilómetros por hora, para incrustarnos con un autobús en el que, subía pasaje. Del impacto mi madre sufrió tres fracturas de la tibia derecha y se le hizo polvo la rótula del mismo lado, al rebotar violentamente contra el asiento del chofer, y yo me fracturé la nariz al chocar con el asiento de adelante. Al salir de la terminados como a unas dos cuadras, el chofer detuvo el vehículo para subir a una dama, a quien acomodó en el asiento del copiloto. Comenzaron a platicar y no pararon de hacerlo hasta cuando chocamos en la niebla. Recuerdo haber visto, momentos antes del impacto, un objeto negro, grande. Por instinto metí las manos, pero de nada me valió pues reboté del respaldo delantero y la sangre brotaba copiosamente de mi nariz, la cual llegó antes que mis manos. En cuanto nos detuvimos, la pareja desapareció rápidamente. Como pude me bajé a ver dónde estábamos para ubicarnos. Volví a subir y descubrí a mi madre sangrando de la pierna derecha, y entre subir y bajarme, tratando de encontrar ayuda, llegó una ambulancia de la Cruz Verde y uno de los ambulantes, tras revisarnos con el minuciosidad, nos subió a mi mamá y a mí, a la cabina, adelante, con el chofer y en la parte trasera subieron en una camilla, a un señor el cual se iba quejando y orando; al parecer había sido prensado entre los dos autobuses por haber ido en el último asiento del vehículo chocado.

Con la sirena abierta y las luces encendidas, a más de 160 kilómetros por hora, veíamos venir y pasar a nuestros lados, todo tipo de vehículos que mis evitaban milagrosamente, pues íbamos en isentido contrario por toda la calzada. En el velocímetro redondo, tipo reloj, la aguja marcaba 160 kilómetros.

No nos tardamos mucho tiempo en llegar a la clínica de la Cruz Verde más cercana, aunque ese lapso de tiempo nos pareció eterno, máxime cuando veíamos la sangre chorreando de la herida de la pierna. Probablemente no fueron muchos minutos, pero sí me pareció una eternidad. A mi madre la pusieron en una camilla y comenzaron a atenderla. El otro herido, sin cesar de quejarse y orar, lo pusieron en una camilla en el piso y ahí se quedó. A mí un practicante me sentó en una silla alta.

---No te muevas, porque se perdería todo cuanto te vamos a tratar de componer. Tienes roto el tabique de la nariz y necesito acomodarlo de como quedó. Esto lo voy a hacer con un cincel y sin anestesia, tal vez te duela un poco, pero debes ser valiente, porque no hay otra forma de atenderte.

Armado con un cincel delgado de unos quince centímetros de largo y un martillito, comenzó a golpear mi cara y no sé si por la impresión de lo ocurrido que estábamos pasando y porque mi madre estaba a un lado, soporté los martillazos sin chistar. El galeno fijó mi nariz con dos tiras de cinta adhesiva, formando una equis y se fue a atender a otros pacientes. Me levanté, para acercarme a mi mami y sonreímos al vernos más o menos bien.

Por curioso salí a otra sala y me topé con otro médico de mayor edad.

---Vamos a ver cómo te dejaron---me quitó el esparadrapo ---. No, esto no puede quedar así, pues está chueco, mal acomodado. Ahora vuelvo.

A los pocos minutos regresó con un cincel en ristre y un martillito.

---Aunque te duela no te vayas a mover, porque quiero dejarte bien. Probablemente la vez pasada cuando te atendió mi compañero, te moviste y eso provocó este resultado que ahora estamos tratando de componer.

Se repitió de nuevo la tanda de martillazos y a los pocos minutos volví a tener medio tapada la visión por las tiras de cinta adhesiva, entrecruzadas en mi nariz.

Regresé con mi madre. En ese momento se la estaban llevando en una ambulancia al Hospital Rubén Leñero, donde sería atendida por estar delicada de salud. Quienes podíamos caminar y no necesitábamos hospitalización fuimos llevados al ministerio público, en Ixtapalapa y nos encerraron en una celda con reja de metal.

Según nos explicaron, iban a tomarnos declaración.

Después de hacer consenso los cinco con fractura de nariz, formamos equipo y uno de nosotros habló en mi nombre:

---Queremos saber por qué estamos detenidos. Es una cárcel para adultos y tenemos entre nosotros a un joven quien todavía no ha cumplido ni los catorce años y además nosotros somos las víctimas del accidente.

Era para tomarnos declaración y controlarnos, pues éramos más de treinta personas, explicó el poli, según su entender

Con todo y las protestas seguimos encarcelados y poco a poco fueron llamando uno por uno, por orden alfabético, para tomarle declaración.

- Mi ánimo se desplomó cuando calculé que por mi apellido, me tocaría hasta la medianoche Sentí sed y me acerqué a la reja, de pues quedamos hacia la calle o al menos, tuve acceso a una muchacha. Ella estaba vendiendo refrescos y la llamé, le hablé de mi necesidad de tomar agua y al momento me llevó un refresco.

Como una hora después apareció mi padre adoptivo. Misteriosa y milagrosamente no sé cómo supo de nuestro terrible percance, porque nos despedimos en la terminal, al salir.

Al parecer, y me leyendo un extra del periódico con la noticia de Primera Plana, donde se describía el choque de dos autobuses, sucedido en los inicios de la carretera México Puebla prácticamente en la salida de la gran ciudad.

---Déjame investigar, pero yo te voy a sacar de aquí lo más pronto posible ---me dijo.

Fue a la oficina del ministerio público y allá desapareció.

Me inquieté no verlo regresar y aproveché a uno de mis compañeros de nariz fracturada, quien fue llamado a declarar, para pedirle que investigara dónde estaba don Nef, como le decía cariñosamente a mi padre adoptivo.

Le di las señas de él, rogándole que investigara su paradero.

Una media hora después, quizá más, mi amigo regresó de declarar y me contó de don Nef. El era quien estaba tomando las declaraciones. Le agradecí su apoyo y nos despedimos deseándonos mejor suerte.

Mi padre estuvo un tiempo trabajando en el Ministerio Público del Hospital Juárez. Tal vez ofreció sus conocimientos para ayudar en la toma de declaraciones y así acelerar ese proceso.

Casi oscureciendo fui llevado a declarar. Don Nef me explicó después, que alteró el orden de los expedientes, porque así, como estaban originalmente, me tomarían declaración tal vez a medianoche o más tarde.

Se me acercó el agente del ministerio público y me hizo una descripción de cómo había sido el accidente, explicando el choque, consecuencia de una falla mecánica, según él y yo debía recalcar ese hecho, pero me concreté a decir lo justo, tal cual: El chofer nunca disminuyó la velocidad, ni cuando entramos al banco de niebla, por estar platicando con su compañera de viaje.

Ahora sí entendí el porqué del abogado, tras su visita en la cárcel, quien nos insistía dijéramos que el alcance había sido provocado por una falla en el vehículo. Aunque alguna dama le preguntó cómo podríamos saber de una falla mecánica.

El hombre insistió. Yo debería hablar de la falla mecánica, pero don Nef, con mucha seguridad, le recordó lo dicho de mi versión y así quedó asentado. A regañadientes nos dejaron salir.

--- Querían hacernos mentir para no pagar el seguro de viajero,---expliqué---y el famoso seguro era de diez pesos pagaderos a la larga, en caso de obtener el fallo a nuestro favor.

Fuimos a la oficina central de telégrafos ubicada a un costado de la Torre Latinoamericana y redacté un telegrama dirigido a mi abuelito Jesús Penagos. Fui muy parco en el mensaje y tan sólo puse: "Sufrimos accidente, chocó camión íbamos". Mi parquedad se debía seguramente a no querer pasarme de las diez palabras autorizadas para un telegrama, para no cobrarnos sobrecargo. Don Nef me llevó a cenar y de ahí al hotel. Curiosamente me dormí de un tirón.

Tras desayunar, a media mañana, aparecieron, procedentes de San Cristóbal de Las Casas, mi abuelita Otelina, acompañada de mi tío Jesús.